LA ENREDADERA

 Las plantas siempre me gustaron mucho. Yo creo, como la mayoría de las mujeres, porque son bonitas, porque nos acompañan, por su perfume, porque crecen y debemos colocar nutrientes en la tierra, evitar que las coman las hormigas, o que las babosas las chupen morbosamente durante la noche; porque hay que protegerlas del frio en invierno y del excesivo calor en verano o porque sentimos que ellas nos necesitan y así conservamos la autoridad sobre alguien, aunque sea sobre las plantas.

 Nunca conseguí tener muchas flores, porque en casa hay perros que cavan pozos en busca de huesos o las orinan indecentemente. Además mis plantas eran poco pretenciosas: malvones rojos y rosas, alguna caléndula amarilla, un jazmín del Cabo que da unos tímidos jazmines alrededor de Navidad, una que otra alegría del hogar y unas violetas salvajes que descubrí en el fondo donde crecen en matorral y ahora, desde que están en una larga maceta blanca, me habían regalado unas suaves florcitas violeta, y la enredadera. En realidad eran dos: una ampelopsis que enrojecía cuando llegaba el otoño y luego moría y la enamorada del muro.

Les hablaba a todas mientras les sacaba con paciencia una a una las hojitas viejas, les decía que estaban hermosas y las quería, que siguieran creciendo, porque así debía ser. Era como si peinara a mis hijas o les cepillara el pelo, mientras les hablaba con dulzura. Creo que ellas me entendían, porque eran seres sensibles y dicen que a las plantas hay que hablarles.

Me gustaba ver cómo crecía la enamorada del muro. Había largas guías que subían y subían tenazmente hacia arriba, después de haber cubierto por completo la casilla de las herramientas.

Un día que pasé cerca de ella sentí un sonido suave, como un zumbido o una hesitación amenazante… no sé. Me quedé allí y comencé nuevamente a arrancarle las hojitas secas.

Ese día mi marido y mi hijo habían salido, entonces, si bien ya atardecía, me demoré un poco más en el jardín, porque no tenía urgencia en volver a la casa.

En un momento vi como una rama pequeña pero muy fuerte se alargaba hasta mi mano y me reí sola pensando que me estaba poniendo vieja e imaginaba situaciones que no existían. Pero al rato vi, está vez sí, concretamente vi, que otra rama fuerte y gruesa se estiraba y se enroscaba en un dedo y luego en otro y en otro y yo la dejaba hacer, porque estaba perpleja y no sabía si realmente era eso lo que me pasaba o sólo lo imaginaba. Empecé simultáneamente a sentir un suave cosquilleo en la muñeca y que las ramitas empezaron a subir por mi brazo clavándome tercamente sus asquerosas esporas. Quise tironear, pero aunque logré arrancarme algunas, otras más fuertes y obstinadas comenzaron a enroscarse alrededor de mi hombro. Simétricamente mil agujitas se introducían en mi piel y trataban de meterse entre mi pelo y sentía los tirones de las hojas sobre mi cabeza entre pelo y pelo. El sonido que al principio era suave, ahora se había convertido en un panal en plena efervescencia. Con la mano que había quedado libre intenté soltarme, pero inmediatamente unas hojas se deslizaban entre los dedos de mis pies y subían vertiginosamente por mis pantorrillas. No cabía duda, la enredadera me invadía y yo no podía hacer nada para defenderme, porque sus aguijones me iban atenazando rápidamente a la pared.

No entendía esa imperiosa necesidad de crecer que antes admiraba, porque ahora, precisamente, lo hacía sobre mi cuerpo, sobre mis brazos, las ramas me hacían cosquillas en las axilas y hurgaban en mi cabeza. Sentí una que intentaba meterse en una oreja. Yo crecía con la enredadera, mis pies, mis brazos se estiraban con ella, estaba en mil pedazos adherida a la pared, inmisericorde y húmeda. Yo era parte de un juego atroz al que no había sido invitada sino obligada.

Escuche por fin que volvían mi marido y mi hijo. Oí que gritaban mi nombre una y otra vez en toda la casa y en el parque pero a mí no me oyeron porque de mi boca apenas salió un sonido verde, un ronco estertor de dolor. Después casi me dio risa pensar que parecía un cuadro abstracto donde, entre una formidable superposición de verdes, marrones y amarillos y miles de hojitas con sus formas sinuosas, aparecía un ojo, una mano, un pie, un dedo, una falange, una uña que ya pronto serían también hojas. Me extrañó pensar cómo los otras plantas no hicieron nada por ayudarme. ¿Acaso las había maltratado? ¿O eran notoriamente estúpidas a pesar de que yo creía que eran seres sensibles? Noté que me miraban con indiferencia.

Por la noche hizo frío y yo temblé y lloré tiritando entre las hojas impiadosas. Aunque llorar era casi una expresión antigua, porque de mi único ojo no salió nada, menos una lágrima.

A la madrugada cayeron unas gotas y todo el parque abrió sus brazos para recibir la lluvia.

Las hojas de la enredadera, probablemente cansadas de la actividad interior, descansaban. Quizás en dos o tres horas comenzaría la violenta actividad. Sobre mi cara, cerca de la nariz, sentí unas patas turgentes y vi que una araña nocturna estudiaba el terreno para construir su pegajosa telaraña.

Intenté dormir algo, pero fue imposible porque estaba clavada al muro por miles y miles de cabecitas de alfiler, estirada como un cuero y cubierta ya casi enteramente por un monstruo su follaje. Sin embargo algo debo haber dormitado, porque de improviso, escuché el piar de un pájaro. Deseaba profundamente haber soñado un sueño exagerado, donde una inmunda planta de jardín se había apoderado de mí y ahora yo ya casi era parte de esos tallos largos y sarmentosos.

De golpe la enredadera despertó y comenzó otra vez el alucinante trabajo. Ríos de hojas corrían por mi cuerpo, se introducían en mis orejas, aparecían entre los cornetes de la nariz, emergían de las yemas de los dedos. Yo estaba allí enmarañada, entretejida, aherrojada en el enredijo de hojas.

Las estípulas segregaban un jugo viscoso, repugnante que enceraba las hojas y despedía un fuerte olor acre. Quise entreabrir el ojo libre, pero no pude. Una hoja lo tapaba completamente.

Biscuit.